

Papelera de reciclaje

Lorenzo Garza Gaona

La esterilidad del escritor también es tema literario; la alucinación alcohólica puede convocar fantasmas que producen historias realistas y conmovedoras por su patetismo.

Como cada jueves, me disponía a deambular de bar en bar en busca de una aventura en alguna barra. Fantaseaba pensando en conocer a una bella dama que por casualidad estuviera ahogando sus penas en un vaso, dolida con ganas de olvidar y buscando consuelo, dispuesta a escuchar mis historias, que riera un poco y después se dejara explorar los labios. Quería llevar a la cama a esa mítica mujer que hasta la fecha no había encontrado. La realidad es que siempre terminaba bebiendo solo, haciéndole un chascarrillo al cantinero que hacía una mueca de sonrisa por compromiso, seguro harto de tipos como yo. En otras ocasiones me topaba con borrachos solitarios, dispuestos a intercambiar algunas palabras sin fondo, platicábamos de sus desdichas, sus felicidades, sus problemas o cualquier tarugada que, siendo sincero, no me importaba, pero claro, estaba dispuesto a soportarlo porque ellos soportaban mis conversaciones, que estoy seguro —apostarí un riñón— tampoco les importaban.

Era una tarde en que caía la infalible llovizna que parece que te corta la piel. Podría ser la combinación entre el apabullante frío de la noche que se avecinaba y el aire empujando con velocidad el agua tan fina que parece convertir las tenues gotas en armas punzocortantes. Yo venía de ser rechazado de un periódico más. Me decían que podría ser un gran columnista, pero que por el momento no ocupaban más personal. “Nos comunicaremos contigo, ya tenemos tus datos”, “Pronto te llamaremos”, “Date una vuelta el siguiente mes” y todos esos burdos pretextos que ponen para no darte una patada en

el culo y echarte del lugar diciéndote que te dediques a otra cosa, a veces preferiría que fuera así, crudo, traumático, pero real. Como siempre llevaba puestos mis zapatos para las entrevistas, esos que tengo guardados en su caja original y solo salen de su oscura tranquilidad para hacerme lucir bien ante un rechazo casi seguro. No quería que se dañaran y ya comenzaban a encharcarse las calles, pensé en refugiarme en algún lugar para beber algo. A lo lejos noté una luz de neón que decía “Abierto” parpadeando en intervalos. Parecía un bar de dudosa calidad, pero decidí entrar y poner a salvo mis zapatos para evitar enfangarlos en las sucias calles de la ciudad.

Fiel a mi costumbre me senté en la barra, deseando pedir el mejor whisky del lugar.

—¿Qué le sirvo? - Preguntó el cantinero mientras limpiaba una copa con su trapo

—Una cerveza oscura.

Le di un largo y reconfortante trago, el primer sorbo siempre es el mejor. Me bebí la botella como si estuviera a cincuenta grados en el desierto. Hice un rápido examen visual a mi alrededor para percatarme si en el lugar se encontraba la mujer de mis fantasías. Desde luego no tuve suerte. Pedí otra cerveza y luego otra y así hasta que perdí la cuenta. Me sentía a gusto, tranquilo, esta ocasión mi objetivo sólo era disfrutar en soledad el no poder escribir en ningún sitio; de seguro si le pedía al mesero una pluma para rayar algún texto en la barra me diría: “Ahí no se puede escribir” y la arrebataría de mis manos.

Había secado mis zapatos rozándolos contra la parte trasera de mi pantalón, bebía otra cerveza y me



sentía bastante calmado; después de imaginar el rechazo, ya no me afectaba, incluso no me importaba. Quise fumar un cigarro y para mi desgracia no llevaba ninguno, le pedí al cantinero que me vendiera un cigarro suelto, de mala gana me contestó: "Sólo se venden por cajetilla". La compré. Después de repetidos avisos, las ganas de mear me obligaron a levantarme de mi banco. Odiaba cuando llegaba ese momento, por alguna extraña razón puedes contener tus ganas de ir al baño por bastantes tragos, pero una vez que te haces presente en el mingitorio parece que le haces la promesa de volver a cada trago acabado sin falla, como si de una promesa de amor se tratara.

Poniendo un pie fuera del baño escuché una acalorada discusión que provenía de una mesa en el rincón. Como buen curioso intenté ver de qué se trataba. Para mi sorpresa eran dos hombres bastante familiares a mi memoria, uno corpulento, de cabeza y barba blanca producto de los años y el otro viejo, panzón, con prominentes entradas y con la cara marcada por un acné de juventud. A primera vista quedé impactado, no podía creer que dos de mis mayores inspiraciones literarias estuvieran juntas, discutiendo en el mismo bar en el que me encontraba. Seguro eran las cervezas que se me habían subido a la cabeza. Cual vil turista en país ajeno me acerqué para observarlos con detenimiento. Entrecerré los ojos para fijar mi vista. Sintiendo mi mirada, el hombre que parecía ser el autor de *Mujeres* en persona, me miró con desprecio y, sin soltar el cigarro que tenía entre dientes, me gritó:

—¡Qué me ves maldito infeliz!

Las palabras desaparecieron de mi boca como las de un escritor frente a la primera hoja en blanco, di un pequeño paso para atrás humillado por la vergüenza y el fuerte hombre de canas le dijo:

—No seas descortés, mira al pobre muchacho, parece un venado temblando de miedo. Seguro sólo quiere retratarse con nosotros o que le firmemos un libro.

¡No lo podía creer! Era real, estaba frente a uno de los escritores de la Generación Perdida, el máximo exponente del realismo sucio. Seguí perplejo delante de ambos sin poder articular palabra. Papa, como le decían sus amigos, me miró expectante, mientras tanto, el creador del mítico Henry Chinaski abrió la garganta y de un profuso trago terminó con su bebida sin quitarme la vista de encima. No supe cómo reaccionar, me di la vuelta y regresé a mi banco en la barra, me sudaban las manos, me sentía un completo idiota.

Prendí un cigarro con la mano aún temblorosa para intentar rela-

jarme. Hurgué en mi cartera y me percaté que tenía muy poco dinero, pagaría la cuenta y quedaría debiendo la propina. Eso no podía ser un obstáculo para mí, tenía que idear la manera de instalarme en su mesa. Augurando una buena paliza por el personal del bar me atreví a pedir tres cervezas más, nada importaba, yo iba a sentarme en esa mesa. Aspiré fuertes bocanadas de aire para darme valor. Lo peor que podía pasar era que me rechazaran y tuviera que seguir bebiendo como un tonto en la barra con mis tres cervezas.

Como torero en el ruedo me dirigí hacia la mesa con paso lento pero seguro. Ellos conversaban con cierta intensidad. Cuando llegué a su lugar me adelanté a cualquier comentario y les pregunté: ¿Una birra?

El autor de *Muerte en la tarde* me agradeció, pero se negó, argumentando que estaban en una conversación personal. Al instante el llamado escritor maldito le rebatió: Vamos, viejo, hay que darle una oportunidad al muchacho, seguro tiene algo bueno que decir, además no hay que ser descortés. Me arrebató una cerveza y me hizo un ademán con la mano invitándome a sentar.

Ambos bebían whisky directo, el premio Nobel volvió a rechazar la cerveza y Charles con la velocidad de un galgo tomó también la cerveza rechazada diciendo con su terrible sonrisa: Yo me encargo.

Un silencio incómodo se adueñó de la mesa, los dos me miraban expectantes. Yo intentaba cavilar una frase, una palabra para romper el hielo, pero estaba seco, con el seso sorbido. Temía decir algo fuera de lugar y quedar como un tonto ante ellos.

La primera puñalada al mutismo vino del prolífico poeta: Si eres reportero tendrás que largarte de esta mesa antes que te reviente esta botella en la cabeza porque no vas a sacarnos nada, maldito cuervo carroñero.

—¡No, no lo soy, lo juro! Soy escritor.

—¡Oh, vaya! ¿Qué has escrito? Preguntó el hombre que dio vida al viejo Santiago, sin saber que estaba oprimiendo mi herida

—Tengo algunas colaboraciones en un periódico, de esos que no leen ni sus editores y he escrito dos manuscritos que ninguna editorial ha querido publicar y no entiendo por qué si son bastante buenos, contesté escondiendo la mirada

Los dos colosos literarios se miraron y rieron con complicidad.

—La vida del escritor es así muchacho, muchas penurias, demasiados rechazos, pero si tienes algo bueno que decir, algo que pueda quedar marcado en la memoria de los lectores, algún día saldrás a la luz, aunque para ese momento ya hayas muerto. Mi primera novela la publicaron en el 71, yo tenía 51 años y el viejo Hemingway ya se había volado la cabeza. Combinando tos crónica con risa burlona, Hank continuó:

“Ahora que, lo más probable es que escribas puras mierdas y seas uno de esos tantos pretenciosos que intentan hacerse los interesantes, buscando fama y fortuna que desde luego no conseguirás y continuarás escribiendo por un tiempo hasta que te aburras y termines sentado en una oficina con un sueldo miserable, con un horrible traje como el que traes puesto, la corbata te apretará tu papada, oprimirá tus pensamientos, tus zapatos tendrán hoyos en las suelas y no te importará, tu ego y ambiciones se irán apagando,

consumidos por una vida rutinaria. No serás infeliz, pero tampoco feliz, simplemente pasarás los días, sabiendo que no hay remedio, no te quedará nada más que levantarte día a día con el pesar de ser una sombra gris sin ninguna gracia y para tu desdicha acabarás saliendo con Estela la de recepción, ella que ha sido encamada por todo el personal de la oficina, pero tú no lo sabrás y se reirán de ti a tus espaldas. Así será tu destino, nulo, aburrido, como programado para despertar, trabajar, comer, cagar, dormir, y esperar el fin de semana para emborracharte hasta perder la razón, follará una que otra vez con Estela; otras veces, que serán la gran mayoría, discutirás con ella, y así por el resto de tus días, hasta que la vida te bendiga con la muerte”.

De nuevo me hallaba sin nada que decir, no entendía la situación, las palabras certeras del misántropo escritor me habían golpeado despiadadas, las sentía reales y cercanas, pero no me dolían, no me afectaban, se me resbalaron sin más. Lo único que daba vueltas en mi cabeza era cómo podía estar bebiendo con aquellos dos hombres que ya no existen en la vida terrenal y que ni siquiera entre ellos se conocieron algún día. No importaba, existía la posibilidad de que me estuviera volviendo loco o tal vez me arrolló un vehículo saliendo de aquel periódico.

—Tampoco se trata de matar tus ilusiones o aspiraciones, hijo —decía Alfred de Musset—. El hombre es un aprendiz y el dolor es su maestro; ninguno se conoce a fondo hasta que ha sufrido. Solo la miseria libera al genio... ¡Conviene que el artista sufra!... ¡Y no sólo un poco!... ¡Mucho y más!... ¡Ya que él solo da a luz en el dolor!... ¡Y el dolor es su maestro!” Grábate eso muchacho, será tu pan de cada día. Y debes saber que mientras más reprimido esté tu corazón, más libre estará tu pluma— sentenció el hombre que participó en las dos guerras mundiales.

El prosaico autor brindó por lo dicho, o por el simple placer de seguir bebiendo y con la mirada perdida y su copa aun en alto comentó:

—Bebe todo lo que puedas, escribe todo lo que puedas y lee todo lo que puedas. La clave está en leer, devora con ferviente pasión cada libro que se atraviese en tu camino, así ellos te irán enseñando el camino de la verdad, sólo tienes que sumergirte en esa realidad alterna para llegar a la autenticidad. No todos los libros serán buenos, encontrarás autores que no te llenarán, pero sin duda aprenderás algo de cada uno, concluyó Papa.

—Basta de hablurías— refunfuñó Henry, saltando un gargajo que para mi infortunio cayó en mi zapato, haciéndome dar un brinco involuntario de la silla, que hizo a Ernest expulsar una sonora carcajada y a Bukowski reír con malicia. Continuamos bebiendo como si nada.

Las horas se comían mi reloj, devorando la mejor noche de mi vida, estaba borracho en exceso y por alguna extraña razón no había vuelto a mear desde que llegué a esa mesa, mi vejiga ya habría explotado en una noche normal, pero esa noche era todo menos normal. Los dos personajes reían hablando de mujeres, no era una plática como la imaginé llena de pasajes de sus novelas, era una conversación tan simple como la que llegué a tener con los ebrios de las barras, con la diferencia que cada detalle me interesaba, no

quería perder el hilo ni un segundo. Cada palabra que salía de sus bocas era un caudal de agua fresca para mí. Algún día platicaré que me emborraché con ellos y los borrachos de las barras me mirarán pensando en otra cosa, como siempre fingirán prestar atención, tal vez sin saber siquiera de quienes les hablo.

Comenzaba a perder la noción de lo que sucedía, el alcohol que inundaba mi sangre hacía un efecto de flashazos sobre mí. No quería que la noche se terminara, aún quería un poco más. Olvidé preguntarles cosas banales, simples, como: ¿Por qué tienen gatos? ¿Siempre que escriben están alcoholizados? ¿Con cuántas mujeres han estado? ¿Quién es su escritor favorito? ¿Cómo enfrentan sus bloqueos? Los flashazos comenzaban a llenar el lugar, creo haber visto a uno de ellos con una muchacha sentada en sus piernas, fumando y bebiendo whisky de la botella mientras le pasaba la mano de forma indecente a la mujer que reía a carcajadas vulgares. Y al otro, apasionado hasta el éxtasis, hablando con un grupo de hombres y contoneando su cuerpo de forma extraña, parecía simular los movimientos de un torero, no lo sé, nada estaba muy claro.

No podría decir cómo sucedió de manera exacta. Recuerdo que el peso de mi cabeza me fue venciendo, mis párpados habían perdido la batalla minutos antes y estaban aplomados el uno contra el otro. Cuando al fin desperté, me hallaba sentado frente a mi computadora, con el mismo traje de esa noche, con los zapatos sucios y la boca seca, pastosa. Me incorporé llevando una mano a mi cabeza por la fuerte jaqueca seguro provocada por la resaca, vi la mesa repleta de latas de cerveza aplastadas, una botella de whisky Black and White semivacia y un sinfín de colillas de cigarro. ¿Cómo demonios llegué aquí? ¿Cómo acabó todo? Miré el monitor de la computadora, de inicio me deslumbró los ojos, los tallé con mis dedos y poco a poco se fue esclareciendo mi mirada. Me sorprendí sobremanera, ¡había un escrito! Me coloqué mis lentes y a toda prisa comencé a revisarlo. Tenía bastante tiempo sin lograr escribir ni media cuartilla. A medida que avanzaba en la lectura, más me sorprendía, hacía pequeñas pausas para beber un sorbo de la botella del económico pero estimulante whisky. Cuando terminé de revisarlo me quedé anonadado, busqué un cigarro y no pude encontrar más que uno que estaba a menos de la mitad aplastado contra el cenicero, sin dudar lo encendí. No podía entender como había sucedido, pues todo lo aquí descrito era el texto en mi monitor. Quise emocionarme, había vuelto a escribir. Lo volví a leer con calma, repasaba cada línea, no sabía si el encuentro con estos imprescindibles autores había sido un sueño o una fantasía de mi cabeza deseosa de escribir. Analicé la historia con detenimiento y me di cuenta que era muy mala, era inútil, tal vez la escritura no era mi camino. Viendo con frialdad el documento lo eliminé de mi computadora, decidí no bañarme, me coloqué la oprimente corbata, peiné un poco mi cabello reseco y sin lavarme los dientes emprendí el camino a mi oficina. Saludé a Estela en la recepción, ella parecía molesta pues anoche no la llamé, me dirigí a mi cubículo y comencé a trabajar. •